



MERCADO MUNICIPAL DE BARAKALDO (VIZCAYA)

Barakaldo, *mi amol*

ÁNGEL F. GARCÍA

A esa hora de la madrugada las calles de Barakaldo rezumaban silencio, frío y humedad sin alientos. Apenas hacía una semana que, como todos los años, había nacido el Niño Jesús y de nuevo se presentaba un buen día, una gran jornada, de las mejores del año para llenar la escuálida caja.

Jesús fue de los primeros en rasgar la quietud nocturna con su furgoneta atiborrada con más productos pesqueros que nunca, de calidad mediana, porque ese día, él lo sabía, se vendía prácticamente todo y al precio que le daba la gana, dentro de unos límites casi razonables.

Conducía el género a su puesto ubicado en el mercado del mayor pueblo de la margen izquierda del Nervión o, como Jesús prefería decir, la segunda ciudad de Vizcaya, y pensaba en la mala jugada del calendario: Nochevieja caía en domingo. Eso significaba, según sus cálculos, unas pérdidas mínimas del 10% de las ventas, porque los clientes no podrían hacer esas compras compulsivas y apresuradas que se realizan justo el día de la fiesta, momentos antes de que cierren los puestos. Aun así, silbó una cancioncilla de Camela mientras se rebullía en su asiento, con la cara iluminada por pensamientos ocultos.

Detrás venía otra furgoneta capitaneada por su amigo Josu, propietario de otro puesto de mariscos y pescados situado frente al suyo, también cargado más allá de lo aconsejable.

Tras atravesar la Herriko Plaza, descargar, colocar los puestos y limpiar las furgonetas, ambos pescaderos estaban encaramados antes de las siete de la mañana en sendos taburetes del bar Gorbea, frente a dos copazos de aguardiente.

–Hay que joderse, joder –protestó Josu con el deje cantarín de la zona–, la Nochevieja del cambio de siglo, del cambio de milenio, la penúltima Nochevieja de la peseta y cae en domingo...

Jesús miraba absorto la copa con una sonrisa de oreja a oreja y con un indomable acento gallego le respondió que hoy se iban a forrar.

–Mira Josu, ya te lo he explicado todo veinte veces; hemos invertido 350.000 pesetas y lo que tenemos que hacer es currar a toda velocidad. Desde ahora mismo y hasta las nueve y media, te vas a dedicar a pegar los carteles por todos los sitios, pero por todos. Vete al Regato, a Lasasarre, a Cruces, a las zonas de chiquiteo y si te da tiempo pegas también en Sestao, y hasta en el Max Center. Se van a enterar de

lo que es política comercial agresiva. Yo me voy a Bilbao a buscarlo todo y vuelvo en un pis pas.

–Ahí va Dios –respondió Josu dando un puñetazo en la barra–, tú eres un *espabilao*. Como no estés aquí a la hora de abrir te planto dos hostias.

–Mendi –le dijo Josu al camarero–, dame los carteles que te dejamos ayer y vete poniendo uno ahora mismo en la puerta, que se vea bien.



La joint venture

Antes de irse a sus quehaceres, Jesús le volvió a contar a Josu la esencia de su unión temporal, de su *joint venture*, que no era otra cosa que ganar mucho dinero el 30 de diciembre y enjugar con creces las pérdidas achacables a los caprichos del calendario, eso sí, a base de vender productos saludables y ofrecer alicientes al consumidor destinados a fomentar las ventas. Y la verdad es que no lo tenían fácil. De acuerdo que a Jesús el traspaso de su puesto le salió en su día por un precio muy razonable y que Josu, miembro de una larga dinastía de tenderos, heredó de su familia el que regentaba. Pero no era menos cierto que en el mercado de Barakaldo, declarado monumento histórico-artístico y con fachada a tres calles, últimamente menudeaban los clientes, y más aún en sus negocios, ubicados frente por frente en el peor sitio, al final de las dos largas hileras de puestos que ocupaban la nave central.

Y ¿de quién era la culpa de la escasez de sus ventas? Estaba clarísimo: de las grandes superficies y de los centros comerciales. Y ¿qué había que hacer en consecuencia? Lo mismo que ellos. Por eso Jesús y su amigo Josu, con acciones individuales, de francotirador, imaginativas y ventajosas para el comprador, querían convertirse a partir de ahora

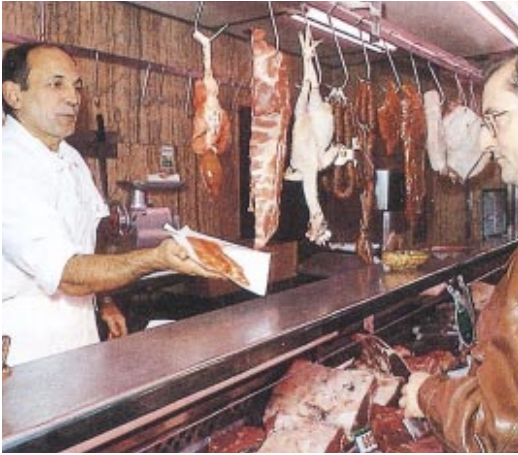
en la locomotora del mercado, posicionarse ante la futura rehabilitación del mismo y luchar a brazo partido contra la hegemonía de los supermercados, de los hipermercados, de los megamercados; de todos aquellos mastodontes de la distribución alimentaria que se quedaban con la mayoría de las pesetas de los habitantes de Barakaldo.

Jesús giró la llave de contacto de su vehículo cargado de responsabilidad, como si estuviera apretando el botón de una bomba nuclear, pensando que todo lo que pensaba iba a misa. Se dirigió a Lutxana para recoger, en régimen de alquiler, unos amplificadores de muchos watios y un par de micrófonos, y continuó por la antigua carretera de Santurzi en dirección a Bilbao, atravesando las familiares barriadas obreras y las instalaciones abandonadas de lo que un día fueron los Altos Hornos y otras grandes fábricas de la industria pesada; todas aquellas ruinas del pasado reciente ahora estaban pendientes de distintos procesos de recalificación y probablemente acabarían reconvertidas, según Jesús, en más centros comerciales que le harían la vida más imposible todavía.

El alba le sorprendió bordeando la ría a la altura de Zorroza; maquinaba nuevas estrategias para fidelizar al cliente cuando los primeros rayos de sol rebotaban tímidamente contra las planchas de titanio del Guggenheim. Eso del museo sí que era un buen negocio, se dijo, y reconocido socialmente. Ya le gustaría a él tener un chiringuito así. Todo el día haciendo caja. Lo dejaría por dentro tal como estaba y si acaso plantaría a la entrada, al lado del perrito Puppy, un puesto de pescados y mariscos frescos, de mediana calidad, porque los turistas en estos sitios lo compran todo. Aunque también quedaría muy propio para atraer más clientela poner a unos chavales bailando zortzikos y aureskus, que se alternarían con muñeiras, sevillanas, jotas, sardanas, valeses, polkas, etcétera, con el objeto de que el visitante, fuera de donde fuera, se sintiera como en casa. Y para enriquecer la oferta gastronómica... ¡Ya está!, una cervecera al aire libre, en la parte de atrás del museo, junto a la ría. Todo lleno de bancos corridos; los camareros vestidos como los mozos de Pamplona en San Fermín, y venga asar sardinas, bonitos y chicharros. Qué negocio. El entorno del museo envuelto en humo con olor a sardina y los turistas, con las manos y las ropas impregnadas de sardina, diciendo *Oh la, la, tres jolie*, o *very good, very beautiful*. Y los japoneses, venga sacar fotos de todo. Y en la picorota del Guggen un gran cartel luminoso, giratorio e intermitente con la leyenda "Jesús. Pescados y mariscos de museo. Los más frescos de Euskadi".

En esas cábalas estaba Jesús cuando llegó a su destino, el mercado del Ensanche, ubicado en el mismo Bilbao. Joseba, hermano de Josu, le recibió en la puerta con un "chaval, mi hermano y tú estáis locos, vosotros sabréis lo que hacéis, que ya sois mayorcitos".





–Venga, Joseba, mete las cajas, sube y no empezemos, que tengo mucha prisa. Que tú aquí estás muy cómodo en tu puestecito, con tus peces, tus clientes y tu calefacción y nosotros estamos abriendo canales, captando consumidores y jugándonos el dinero. ¿Lo tienes todo?

–Sí, sí. Vamos al Calentito, que deben estar a punto de llegar. Pero si sale algo mal, yo no quiero saber nada.

El Calentito era un bar cubano situado junto a los jardines de Albia, cerca del mercado del Ensanche. Y allí estaban esperando ocho mujeronas todavía en la veintena, de poderoso cuerpo, sensual mirada y color café con leche corto de café, nacidas todas en la mayor isla de las Antillas. Una de aquellas hermosuras, de nombre Carmen, era la señora del propio Joseba.

Tres cubanas más estaban también casadas con bilbaínos, a los que el amor había llamado, ya cerca de la cuarentena, en La Habana, en un viaje de quince días. Viaje apoteósico y carnal, acaecido cuatro años antes gracias a una oferta de Halcón, en el que participaron Jesús, Josu y su hermano con un alto grado de aprovechamiento y objetivos cumplidos, y establecieron lazos de amistad con otros miembros del chárter que, como Joseba, volvieron del Caribe enamorados sin remedio.

Desde entonces los dos pescaderos de Barakaldo, sus amigos y sus esposas cubanas no habían dejado de frecuentar los pocos bares de ambiente caribeño que abrían sus puertas en El Botxo, con especial querencia por El Calentito. Y aunque Josu y Jesús tenían claro que si algún día se casaban lo harían con una caribeña, abilbainada a poder ser, de momento preferían labrarse un sólido patrimonio en soledad.

La propuesta que, entre daiquirís y mojitos, Jesús y Josu hicieron poco antes de Navidad a las mujeres de sus amigos y a las chicas que bailaban y servían copas en El Calentito fue aceptada por unanimidad y sin discusión. Las casadas estaban ya un poco aburridas del generalmente plomizo clima de Bilbao en contraposición con la luminosidad de su tierra. Estaban aburridas de sus rutinas domésticas. Estaban aburridas de sus maridos. Estaban hartas de sus suegras. Les apetecía un poquito de bamboleo, de actividad, aunque fuese por un día sólo.

A las camareras del Calentito –todas sin papeles y ancladas en Bilbao tras desertar de algún grupo de baile o de música cubana en gira por España–, les pareció de perlas el ganar 20.000 pesetas extras ayudando a su amigo el gallego.

Cómete el queso

Cuando vieron desde el bar que se acercaba la furgoneta de “Pescados y Mariscos Jesús”, se abalanzaron a la calle a hacerles señas, como si ellos no supieran adónde iban.

–Joseba, cómo me gustan estas tías. Las ocho y pico de la mañana y míralas, todas contentas y gritando, ni que las fuera a llevar de gira a París.

–Tú controla y cuidadito. Y a Carmen que no la toque ni Dios, que como me entere te suelto dos hostias. Y que nadie la mire por el canalillo.

–No te preocupes, hombre, que esto es sólo una estrategia comercial. Y a la noche, cuando cierres el puesto, te vienes para Barakaldo a ayudarnos. Agur.

Joseba se bajó rezongando de la furgoneta, le dio en un aparte las últimas recomendaciones a Carmen y tras un beso de tornillo y una palmada en el culo, ésta saltó al interior como una gacelilla sonriente y feliz de la vida. Las otras siete chicas ya estaban dentro y en un segundo organizaron tal guirigay que dejó sin resuello ni pensamientos a Jesús.

–Ay, mi *amol*, pensaba que ya no llegabais –dijo Gladys.

–Vámonos ya, gallego, que aquí hace mucho frío –exigió Lumy.

Todas inquirían, todas ordenaban, todas estaban un poco excitadas ante la nueva y desconocida experiencia, todas decían que en esa furgoneta olía muy mal y que no era el transporte adecuado para unas señoritas. Jesús, por primera vez desde que puso en marcha su estrategia comercial, estaba realmente contento y relajado. Sonreía alelado ante las continuas preguntas y asentía sin dar respuesta...; sólo oía un dulce zumbido caribeño de fondo mezclado exactamente con ocho clases de perfumes más el olor omnipresente a pescado. Por primera vez también se fijó en las guiraldas apagadas que cruzaban de lado a lado la Gran Vía, en los grandes carteles que deseaban *Zorionak*, en los escaparates perfectamente engalanados. En esos momentos y con ese pasaje, Jesús estaba dispuesto a no bajarse nunca más de esa furgoneta llena de muslos.

Enfiló la autopista por la salida del Sagrado Corazón y en breves minutos se plantó de nuevo en Barakaldo. No obstante, tuvo el tiempo suficiente para explicarles a las chicas en qué consistiría su trabajo y en la necesidad de optar por esa fórmula para relanzar su puesto, el de Josu y, por ende, el propio mercado. También les explicó que su estrategia coincidía plenamente con la de un libro que se llamaba “Cómete el queso”, o algo así, muy de moda entre los ejecutivos norteamericanos, y que consistía básicamente en no dar tregua a los competidores, en adelantarse a ellos con métodos imaginativos y, en última instancia, en comerse el queso entero y no una pequeña porción. Lucía, sentada a su lado, 1,80 metros sin tacones, cuerpo perfecto, de la provincia de Cienfuegos y algo corta le preguntó, perpleja y expectante, si el queso era ella. Jesús le respondió tras un descoloque de cinco segundos que más o menos. Estaba claro que en este mundo cada uno valía para lo que valía y él era un hombre de empresa hecho a sí mismo.

Las chicas eran puro nervio. Antes de las nueve y media de la mañana y bajo su dirección y supervisión ya tenían engalanados los dos puestos a base de espumillones, bolas, lucecitas parpadeantes y unos sugerentes carteles de playas virginales con palmeras hasta la orilla. A ambos lados de cada puesto instalaron cuatro plataformas de metro y medio de altura sobre las que pendían unos cuantos amplificadores.

Los 27º centígrados –temperatura ideal para el ser humano caribeño, o de Bilbao o de donde fuese–, estaban garantizados con una bomba de calor industrial, y para crear la intimidad y la curiosidad suficiente extendieron una gran cortina de puesto a puesto –estampada de pescados, mariscos e ilustraciones tropicales–, con el objetivo de que el que la atravesara se convirtiera automáticamente en cliente.



Allí estaría el lugar de Gladys. Ella y todo su cuerpo lleno de curvas, embutido en un escueto bikini de pedrería, se colocaría en el acceso central del ropón e iría repartiendo los números de turno a los clientes. Posteriormente, con el ticket de compra en la mano, les daría otro numerito –por cada 2.000 pesetas de gasto–, para dos sorteos de sendos kilos de angulas, rifas que se celebrarían sin notario a lo largo de la jornada.

–Ay, mi *amol* –dijo Gladys melosa agarrándose al brazo de Jesús–, pero yo no quiero *estal* todo el día dando números en la *coltina*..

–No empecemos, no empecemos –respondió Jesús–. Esto es una empresa, vamos a realizar una operación comercial y cada uno tiene su sitio..., aunque igual nos vamos rotando, ya veremos.

–Pues si te han dicho que ése es tu *lugal*, ése es tu *lugal* –gritaron gesticulando Perla y Rosario–, que nunca estás conforme con nada, chica.

–Bueno, bueno, ahora hablamos de los lugares de cada una, pero tranquilizaos –intercedió Jesús–. Mirad, por allí viene Josu.

Josu avanzaba hacia ellos con grandes zancadas, resoplando y coloradote. El ceño fruncido le fue cambiando en décimas de segundo por un rictus de sorpresa y admiración. Se quedó mirando el catafalco totalmente embobado y alucinado y por más que algunas de las chicas le abrazaran y saludaran efusivamente él estuvo más de 30 segundos sin moverse, con los brazos en jarras y la boca abierta.

–¡Ahí va Dios! –exclamó Josu rascándose la cabeza–, esto es la hostia. Si parece una *txozna* de la Semana Grande...

–Sí, pero con pescados y mariscos, y con mulatas de verdad, mulatas pata negra –le respondió Jesús.

–Y con baile y música –saltó Abigail, una habanera prieta que según su currículum no contrastado había pertenecido a la compañía del Tropicana.

Josu no podía con más emociones, sobresaltos y trabajos concentrados en unas pocas horas. Tras recuperar el resuello contó que había llenado de carteles todas las zonas previstas y más. Hasta a Portugalete, Santurzi y al

mismo Bilbao había llegado la pegada publicitaria que rezaba en grandes caracteres “Movida caribeña. Pescados y Mariscos Jesús y Josu le ofrecen los más frescos productos del mar despachados a ritmo de salsa el 30 de diciembre. Música y baile con auténticas caribeñas en el mercado de Barakaldo (al fondo). Sorteo de dos kilos de angulas y degustaciones gratuitas. No se lo pierda”. Todo ello impreso sobre un fondo de mulatas bailando que en nada superaban a sus cubanas.



Los besugos de Seattle

Faltaban pocos minutos para abrir el mercado y varios tenderos ya se habían metido en el reservado de Josu y Jesús. Querían datos. Exigían información complementaria de qué coño era todo eso. Jesús actuó como un auténtico directivo de multinacional. Les puso su mejor sonrisa, les invitó a un tragu-

to de ron añejo y a unas gambas y les explicó su teoría de comerse el queso extrapolada a todos los comerciantes del mercado. Poco menos llegó a decirles que más que sentir envidia y recelo deberían rendirles un homenaje a él y a Josu por su iniciativa, por convertirse en locomotora arriesgando un dinero en promoción, el suyo, que redundaría en el beneficio de todos.

Los comerciantes recibieron estas explicaciones prestando más atención a las evoluciones, los cuerpos y la charla de las cubanas que al propio discurso del pescadero, motivos suficientes para que las muecas de recelo se fueran mudando en gestos dubitativos y hasta en cabezazos de aprobación aunque con reservas.

–Y ahora, por favor, vamos a salir del telón para que las chicas se puedan cambiar –dijo Jesús.

–¡Ya podéis *entra!* –gritaron a coro varias caribeñas tras una espera que a Josu y a su amigo les pareció eterna.

Estaba claro que el penúltimo día del año 2000 iba a superar todas sus expectativas. Los pescaderos se quedaron literalmente patidifusos con la imagen. A ambos lados, los puestos perfectamente engalanados rebosantes de pescados y mariscos frescos de mediana calidad, y en el medio las ocho mulatas sonrientes, con más curvas que la carretera de La Arboleda, ataviadas con minúsculos dos piezas de cabaret, tacones, diademas y otros abalorios refulgentes. Realmente caribeño, sensual, sabroso y fuera de lugar.

–Bueno, Gladys –se repuso Jesús dirigiéndose hacia ella y agarrándola del brazo–, tú a la cortina y no rezongues más.

Otras cuatro chicas se encaramaron en las tarimas. Abigail, la del Tropicana, se quedó de enlace entre los puestos y para ofrecer degustaciones a los clientes y Carmen y Rosario harían las veces de cajeras y ayudantes.

–¡Áupa, Josu! –gritó Jesús desde su puesto, saludándole con el cuchillo de quitar escamas en alto.

–¡*Potensia, potensia!* –respondió Josu, levantando los brazos.

Palabras mágicas. Jesús conectó los amplificadores y los ritmos sensuales de la salsa caribeña llenaron el mercado de Barakaldo e incluso los alrededores. Las chicas comenzaron a moverse como serpientes. Gladys asomó la cabeza y gritó “¡*amol, ¿ya pueden pasal?!.*”

Pues claro que podían pasar. Eso es lo que hacía falta: clientes, muchos clientes. Las parroquianas de toda la vida, las fidelizadas, fueron las primeras en aparecer. Después llegaron los maridos de las fidelizadas y más tarde los hijos con sus amigos y luego los padres de los amigos con más amigos. Y aparecieron las cuadrillas de chiquiteros que desviaron su ruta habitual. Hasta los conductores del Bizkaibus que tenían su cabecera en la Herriko Plaza y la tripulación casi al completo de un mercante ruso atracado en Santurzi se acercaron a hacer la compra.

La presencia del cuerpo de baile cubano en el mercado de Barakaldo se había extendido como la pólvora y ya era un clamor popular a mediodía. Los oficinistas sin fiesta, los funcionarios de guardia del cercano Ayuntamiento, los miembros de los servicios de limpieza, de la Cruz Roja y de los bombe-



ros aprovecharon la hora del bocadillo para comprar caracolillos y otros mariscos y peces de pequeña enjundia con tal de tener acceso al pandemónium organizado detrás del cortinón.

Gladys, a pie firme en la cortina, apechugaba sin desmayo con los apretones y achuchones de los que reclamaban el numerito y sus risotadas alcanzaban a veces más decibelios que los danzones, rumbas, sones, mambos y congas bailados magistralmente por sus amigas sobre los pedestales, y más chapuceramente por un montón de espontáneos que no quitaban ojo de aquellos cuerpos cimbreantes dignos de calendario.

Corría el ron en dosis degustación, corrían las gambas y todo estaba saliendo a pedir de boca; tan bien que el recinto acotado entre los dos puestos estaba a rebosar; de allí no se movía casi nadie y tras la cortina aguardaban varios cientos de potenciales clientes que apretaban cada vez más a la expansiva Gladys, a la que muchos intentaban camelar, para obtener el número ya, a base de introducir billetes de curso legal en el sucinto sujetador de rubíes falsos.

Mientras despachaba unas kokotxas de bacalao, Josu le dijo a Abigail que le comunicase a Jesús que si no hacían algo la operación se les iba a ir de las manos. La cubanita acudió al otro puesto tan rauda como pudo y le dijo a Jesús que, “de *palte* de Josu, que eran como *hermanos*”.

–Dile a ése que no diga gilipolleces y que venda lo que pueda.

Otra vez Abigail cruzó el recinto repartiendo sonrisas y apartando manos hasta que pudo comunicarle que “de *palte* del gallego, que vayas cuando puedas”.

–Vuelve y comunícale que habría que quitar el telón y hacer una especie de pasillos con los palos de las cortinas, si no os van a comer a todas todas –exclamó Josu, muy sofocado.

–Que dice Josu –le soltó Abigail a Jesús con cara de extrañeza–, que nos vayamos a *comel* todas con los palos de las *coltinas*.

Jesús dio un respingo, lanzó un agudo silbido a Josu y le dijo por señas que de eso nada, que hoy no jamaba nadie. Su amigo se encogió de hombros sin entender la respuesta mirando impotente a la turbamulta que amenazaba con tirar a las chicas de los estradillos, y no por mala educación sino por una simple cuestión de espacio: mucha gente para tan poco suelo. Que si en algo sobresalen los de Barakaldo es en el trabajo, en los buenos modales y en el sano disfrute de la fiesta. El problema es que la de este día prometía ser muy sonada.

En ese momento el gallego devolvió el cambio a un cliente, miró al tendido y al fin se dio cuenta de la situación. La masificación amenazaba con llevarse por delante un trabajo bien planificado. Con un movimiento felino se encaramó en los bordes de una caja de nécoras, enganchó un micrófono y pidió “calma amigos, calma. Josu y Jesús tienen pescados y mariscos para todos y no queremos privar a nadie del espectáculo, así es que vamos a retirar las cortinas y en breve realizaremos el sorteo del primer kilo de las angulas, que os recuerdo están ajustaditas, sólo a 60.000 pelás. *Ezkarri kasko*”.



Rápidamente una cuadrilla de jubilados de Altos Hornos de muy buen ver y un pelotari en excedencia se ofrecieron voluntarios para ayudar a Gladys a quitar el ropón, reorganizar el tráfico hacia los puestos y repartir los numeritos. Cuando cayeron las cortinas una salva de aplausos y gritos de “aúpa”, “guapas”, “quedaros a vivir aquí”, “gora el Caribe”, “yo os legalizo”, “me gusta el café con leche”, “soy primo vuestro”, “he estado en Cuba”, “mi bisabuelo inventó a las mulatas” y otras proclamas inundaron el mercado. Incluso se escucharon varios irrintzis muy bien modulados y un par de vivas a Pera, el alcalde, confundiendo la iniciativa de los honrados comerciantes con una actividad navideña del Ayuntamiento. También se oyeron gritos contra las madres de los que llevaban txapela, exabruptos que no cesaron hasta que se quitaron la susodicha prenda y dejaron la vista expedita.

Gladys, a pesar de su expansividad, y Abigail, con todas sus tablas, pidieron una urgente rotación, preferían bailar en alto. A punto habían estado de perder hasta los bikinis con tantas efusiones y reparto de ron y de gambas. La rotunda Perla, originaria de Camagüey y con una boca que de un mordisco hacía una visera, y la dulce Coral, natural de Pinar del Río –capital de los puros–, tomaron el turno de las bandejas de las degustaciones colocándose al amparo de los jubilados de Altos Hornos, hombres sin duda con iniciativa y organización y que, gracias a su altruismo y *savoir faire*, habían conquistado un puesto de excepción, a los pies de las bailarinas.

La cosa volvía a funcionar como una seda. Las chicas bailaban como los ángeles, la gente danzaba, se divertía, bebía, miraba y vociferaba cuanto podía. El género seguía saliendo a toda velocidad y cuando le pareció momento de darle un respiro al cajón, Jesús le hizo a Josu la seña acordada para remedar el numerito de los pescaderos de Seattle (Estados Unidos), que habían visto en la televisión. En un santiamén se subieron en los mostradores, cogieron unos besugos de buen peso y a la de tres se los lanzaron uno a otro por encima de las sorprendidas y expectantes cabezas de los clientes. Por primera vez en Europa dos besugos muertos volaron 20 metros cruzándose entre ellos sin colisionar. Hasta las bailarinas aplaudieron y dieron saltos en sus tarimas.

–Y ahora –anunció Jesús– vamos a proceder al sorteo del primer kilo de angulas. La señorita Carmen, mi cajera, va a extraer el número que esta mañana he depositado en secreto en el estómago de esta merluza de pincho.

–El boleto *plemiado* –dijo Carmen tras introducir la mano en las tripas del bicho y sacar el papelito de la bolsa de plástico con la que el pescadero lo había protegido de los jugos del animal–, es el 429.

Rápidamente dos hombrecitos, txapela en mano, se abrieron paso entre la turba para recoger su preciado tesoro. Declararon que habían comprado a medias unos centollos y que, consecuentemente, se comerían el premio entre los dos; tras agradecer el obsequio y a instancias de Josu, que les preguntó de dónde eran, ofrecieron como respuesta la coplilla “que no somos de aquí, que somos de Bilbao, por eso llevamos txapela a medio laa” al tiempo que se calaban la prenda hasta las orejas. La letrilla fue recibida con división





de opiniones por el respetable, y la cuadrilla de los jubilados de Altos Hornos, herida en su orgullo local, no tuvo más remedio que enlazarse los brazos por encima de los hombros y entonar en plan orfeón la popular “sooomos de Barakaldo, ay, ay, ay, de Barakaaaldo, de Barakaldo, jolínnn, de Barakaldo pío, pío, pío que te pío, pi, pi, pi”, ante el delirio de los espectadores.

Y el temporal no amainaba. Muchos de los que llevaban allí desde media mañana seguían instalados en el hedonismo ambiental a las cinco de la tarde. Y a ellos se habían unido más cuadrillas de amigos y familias enteras que acudían desde otros pueblos de la margen izquierda y derecha y del mismo Bilbao. Los teléfonos móviles funcionaban a toda velocidad, excusando tardanzas y convocando citas en el mercado. Los charcuteros no cesaban de preparar bocadillos, las tiendas de bollos de despachar dosis y más dosis de colesterol. Además del ron comenzaron a correr, para desengrasar, cantidades ingentes de agua de Bilbao, que parecía llovida del mismo cielo.

Las tostaditas

Los pescaderos sudaban, resoplaban, apretujaban los billetes en las cajas. Y las chicas; ay, las chicas; las mejores, las auténticas artífices del éxito. Incansables, rotándose a sí mismas, con la sonrisa en la boca, levantando pasiones, conteniendo expectativas y dando palique. Carmen y Rosario recibían propinas en el canalillo continuamente, como si sus escotes fueran la ranas del juego de la rana. Y los jubilados de Altos Hornos, que encauzaban el maremágnun a pie de obra, estaban tan eufóricos y congestionados que tal parecía que los hornos de alta fundición crepitan otra vez.

Directamente y a petición popular, el segundo kilo de angulas más otras joyas marinas fueron a parar a manos de la cuadrilla de siderometalúrgicos retirados, que también tuvieron el privilegio de ser los primeros en bailar cuerpo a cuerpo con las caribeñas. Fue a propuesta de Lumy: “mi *amol*, -le dijo a Josu con su acento dulzón y rozándole la oreja para hacerse oír-, estamos *haltas* de *estal* encaramadas”.

Ante ese poderoso argumento, las chicas saltaron de los estradillos y se mezclaron con el público justo hasta el momento en que llegó la Ertzaintza que, entre la pitada general, expuso un rogatorio



surrealista: había pasado con creces la hora de cerrar y el sargento Garmendia, acompañado de otros cuatro fornidos agentes, les solicitaba a los pescaderos, por favor, que continuasen la fiesta fuera. Las calles Karranzairu, Elcano y Juntas Generales, las que delimitaban el mercado, estaban literalmente colapsadas. Según dijeron, atraídos por las informaciones de la movida caribeña aparecidas en flashes informativos en la ETB y otras cadenas de alcance nacional, habían llegado varios autobuses de las comarcas del Duranguesado y Las Encartaciones, amén de un notable número de vehículos particulares procedentes de las limítrofes Cantabria, Álava, e incluso varios conducidos por *giputxis* y riojanos.

Jesús y Josu, cuchillo en mano y a punto de quedarse sin pescados y mariscos de mediana calidad, se miraron perplejos y satisfechos –hasta en la tele habían salido sin ser conscientes de semejante notoriedad–, mientras algunas de las estrellas del espectáculo prodigaban zalamerías a los agentes, admirándose de lo bien que les sentaba el uniforme y proponiéndoles baile.

–Ay, *Galmendia*, mi *helmano* –insistía Perla agarrándole del brazo–, tómate un *ronsito* y dile a tu director que no nos has visto.

Para que no quedase duda de que la congestión en las calles era grave, los ertzainas abrieron un pasillo a Jesús y a Lumy hasta una de las puertas del mercado, donde fueron recibidos por la multitud con rugidos de satisfacción, botellas de kalimotxo en alto, lanzamiento de cohetes, zuritos y chiquitos en mano y explosión de petardos.

Estaba claro: o desórdenes públicos o continuaba la fiesta en la calle. Ni siquiera en la calle. El alcalde había instado a la Ertzaintza a que directamente, para evitar males mayores, trasladasen al cuerpo de baile cubano con amplificadores y CDs al kiosko de música de la Herriko Plaza.

En su vida se habían visto en otra. Los pescaderos y las cubanas, cubiertas éstas con las americanas de los jubilados de Altos Hornos, y un montón de porteadores detrás llevando la bomba de calor y demás enseres, fueron escoltados por la Ertzaintza que les abría paso entre una multitud satisfecha y agradecida. Y entre ese gentío una cabecita intentaba sobresalir y llamar la atención a base de saltos y de desgañitarse.

–Jesuuús, Caarmen, que soy yooo, Joseeeba; que estoy aquíí, que no te toque naadie y que no te miren por el canaliillo.

Qué bueno era ser famoso. Jesús le pidió a un agente que rescatase a ese desgraciado y le llevase a su lado.

–Joder, ahí va la leche –dijo Joseba con cara de admiración–, la que habéis organizado.

–¿Qué te parece, eh? –contestó Jesús–. Coge esta bolsa con la recaudación y guárdala como oro en paño. Siete millones de pelás, chaval, que eres un moña. Y no te preocupes que a Carmen nadie la va a mirar por el canalillo.

Josu y Jesús, ante una plaza atiborrada con ganas de fiesta y un discreto despliegue policial, lanzaron desde el escenario varias proclamas con sus delantales de mil rayas a favor de las cubanas y del hermanamiento interracial, respondidas enfervorizadamente por la masa.

Mientras los sones, las piernas y la sonrisas caribeñas envolvían la penúltima noche del siglo, los pescaderos, radiantes, se juramentaron nuevamente para ser la locomotora del mercado y para abrir en breve, en sociedad con las chicas, un local de ambiente cubano que se llamaría Las Tostaditas de Barakaldo, con un pequeño puesto a la entrada de pescados y mariscos de mediana calidad.

ÁNGEL F. GARCÍA
Periodista



MERCADO MUNICIPAL DE BARAKALDO (VIZCAYA)

El municipio de Barakaldo, situado en la margen izquierda del Nervión y limítrofe con Bilbao, es la segunda población de Vizcaya, con unos 100.000 habitantes.

El Mercado Municipal de la ciudad está ubicado en el centro del casco urbano y fue construido en 1930. El edificio, calificado de histórico-artístico, tiene fachada a tres calles y una superficie total de 3.455 metros cuadrados distribuidos en tres plantas. En la planta baja, cercana a los 1.400 metros cuadrados, se ubican las pescaderías y los puestos de frutas y verduras. La primera planta, de 1.300 metros cuadrados, alberga a carnicerías, charcuterías y comercios de ultramarinos. La última planta, con poco más de 800 metros cuadrados, está prácticamente en desuso.

El número de puestos ha pasado de 248 en 1984 a 113 en la actualidad. En 1985 se llevó a cabo una remodelación parcial de la planta baja, operación que se repitió en 1990 en la primera planta.

El Ayuntamiento de Barakaldo tiene previsto cerrar en breve el mercado para acometer un profundo proceso de rehabilitación y remodelación del mismo que incluye la apertura de accesos a un aparcamiento limítrofe y de reciente construcción.

Cuando de nuevo vuelva a abrir sus puertas las previsiones apuntan a que la planta baja continuará destinándose a puestos de pequeños comerciantes. En la primera planta se ubicará un gran supermercado y la última planta se destinara a zona de ocio, incluyendo establecimientos de restauración.